

el ya importante acervo documental con el que contamos y desearle su feliz y pronta defensa de su tesis doctoral que sin duda estaremos esperando con anhelo.

Laura Martínez Martín Licenciada en Humanidades e Historia. Becaria de Investigación de la Universidad de Alcalá (2005-2008), actualmente es colaboradora del Área de Ciencias y Técnicas Historiográficas del Departamento de Historia I y Filosofía, miembro del Seminario Interdisciplinar de Estudios sobre Cultura Escrita (SIECE) en la Universidad de Alcalá y coordinadora técnica de la Red de Archivos e Investigadores de la Escritura Popular.

Rosario Márquez Macías
Universidad de Huelva

Rabaté, Colette y Jean-Claude, *Miguel de Unamuno. Biografía*, Madrid, Taurus, 2009. 784 pp. ISBN: 9788430607617. 21'00 €.

Presentación, p. 13; Capítulo primero. Ensueños de niñez y mocedad (1864-1880), p. 15; Capítulo segundo. Madrid, un *nuevo mundo* (1880-1884), p. 45; Capítulo tercero. Los años bilbaínos (1884-1891), p. 69; Capítulo cuarto. Las batallas de Salamanca y de Bilbao (1891-1900), p. 117; Capítulo quinto. Crónica de una destitución anunciada (1900-1914), p. 199; Capítulo sexto. Desde la gran guerra hasta el exilio (1914-1924), p. 343; Capítulo séptimo. Los años del destierro (1924-1930), p. 451; Capítulo octavo. Tiempos de República (1930-1935), p. 555; Capítulo noveno. La *guerra incivil* (1936), p. 653; Agradecimientos, p. 705; Fuentes comentadas, p. 709; Notas, p. 719; Índices alfabéticos, p. 751.

Jean-Claude Rabaté, coautor de la biografía junto a su esposa Colette, viajaba de joven a España. De la mano de su padre, gran apasionado de la pesca, conoció La Alberca y Salamanca. Poco habían cambiado desde aquel 1 de enero de 1937 en el que los restos mortales de Miguel de Unamuno eran enterrados en el frío cementerio de Salamanca. Sin embargo, el autor no explica esta vinculación sentimental -y vital-, en un intento de ocultar la proximidad y los compromisos alcanzados con el personaje. Rompe así con la tradición biográfica de justificar la elección del biografiado, esconde una de las facetas más subjetivas del oficio de historiador.

La propia elección del personaje es una apuesta por “rescatar” una figura, insertarla en el elenco de personalidades de la narración histórica nacional, di-

rigir el foco de atención por encima de otros. En el caso de Unamuno, al tratarse de “un monumento nacional”, contaba con un espacio identificado en la historiografía, pero las paradojas de su vida y obra le habían convertido en una figura demasiado moldeable para las diferentes ideologías o corrientes literarias del siglo XX. De sus intervenciones se pueden extraer mensajes a simple vista contradictorios, lo que ha emborronado su figura, la ha ideologizado a sabiendas de sus reiterativas palabras: “He molestado a todos los públicos y a todos los pueblos que he visitado... tener razón es lo más antipático que hay.”

El franquismo utilizó a Unamuno, pese al episodio del 12 de octubre en Salamanca, como el pensador cristiano y metafísico de *El sentimiento trágico de la vida*, borrando de su biografía su compromiso liberal. La República en el exilio no salió en defensa de una figura desencantada con la España forjada en 1931, de un traidor a los principios que tanto había defendido durante la dictadura de Primo de Rivera. Ya en democracia, los historiadores no fijaron su punto de atención en el Rector -así lo denomina con cercanía el matrimonio Rabaté-, bien por imposibilidad intelectual de comprender una obra tan compleja, o por la “corriente” que aboga por trabajar personalidades útiles para justificar el modelo político y económico actual.

Escribir una vida es tarea inaccesible para los métodos tradicionales de investigación histórica. Se trata de concentrar en un personaje la comprensión de todo un tiempo, de unas circunstancias intangibles. Walter Benjamin o Dilthey ya consideraron la biografía como un medio privilegiado para tener acceso a lo universal. Explicar a Unamuno es adentrarse en los acontecimientos que lo rodean, las modas literarias, el pensamiento filosófico, en definitiva, a las mentalidades de una época. En este sentido, el matrimonio Rabaté ha realizado un trabajo titánico de recuperación de fuentes inéditas y de comprensión de un personaje inmerso en una coyuntura conflictiva y cambiante.

Este nuevo Unamuno no es el pensador solitario y huraño, que quizá él trató de mostrar a sus coetáneos. Es el intelectual abierto, comprometido con diferentes planteamientos políticos, acompañado de amigos, enamorado desde la primera comunión de Concha, despachando abundante correspondencia. El cambio de perspectiva se debe al trabajo intensivo de los Rabaté con el género epistolar del Rector.

La narración de su vida se presenta en un estricto presente. El orden cronológico impone el ritmo a la biografía -desde la invicta y heroica ciudad de Bilbao hasta la tumba-, sin dar preferencia temática a los aspectos políticos o literarios. El narrador se mantiene en un segundo plano, presenta las

palabras de Unamuno puras, para que el lector se haga su propia composición a partir de las lecturas. Sin olvidarnos que los textos sólo atestiguan la verdad de quien escribe, no de lo que está escrito. Papel relevante ocupan los acontecimientos sentimentales y en especial, el amor confeso e idílico de la argentina Delfina Molina.

Los autores recurren a la imaginación a la hora de reproducir lo acaecido en el día de la Raza. Hasta el momento, no contábamos con una reproducción fidedigna de los discursos. Ahora, gracias a la interpretación de unas notas que tomó el Rector en un sobre, sabemos que Millán Astray enfureció cuando don Miguel hizo alusión a Rizal, poeta y héroe de la independencia filipina.

Las biografías estuvieron desechadas de la historia académica por el insalvable componente subjetivo de las mismas. Sin embargo, en los nuevos horizontes del oficio, este género se presenta como solución a la afonía del historiador. Un puente para recuperar el espacio perdido en una sociedad que no tiene por qué entender de micro-especializaciones y también para acercar las ciencias sociales a las formas literarias, dos tradiciones que siempre estuvieron unidas hasta el siglo XIX. Las biografías no son meros ejercicios historiográficos, precisan de una estructura narrativa y unas técnicas estilísticas que compongan sucesos como una “novela verdadera”. Una simbiosis entre el sentido de verdad que la inspira y la dimensión estética que adquiere.

La presentación del libro sintetiza toda una vida en una carta de Delfina Molina, al modo de Borges en su biografía de Tadeo Isidoro Cruz: “Cualquier destino, por largo y complicado que sea, consta en realidad de un solo momento: el momento en que el hombre sabe para siempre quién es.”

La biografía de los Rabaté, en definitiva, viene a suplir unas décadas de silencio sobre Unamuno, desde que el periodista Emilio Salcedo publicó la última en 1964. El escritor de biografías conserva el anhelo de “hacer justicia” con el pasado, como si su biografiado tuviera una cuenta pendiente en la sociedad actual. La obra cumple, por calidad y profusión de fuentes, los objetivos planteados. Han devuelto a Unamuno al espacio privilegiado de los grandes biografiados del siglo XX, junto a otras personalidades políticas y literarias protagonistas de la historia de este país convulso.

Colette Rabaté es profesora de Lengua, Literatura y Civilización española en la Universidad François Rabelais de Tours y autora de numerosos artículos y obras como *Le Temps de Goya (1746-1828)* (2006) y *¿Eva o María? Ser mujer en la época isabelina (1833-1868)* (2007). Jean-Claude Rabaté es catedrático de Civilización Española en la Universidad Paris III-Sorbo-

na y autor de numerosos estudios sobre Miguel de Unamuno. Entre sus obras destacan *1900 en Salamanca*, (1997) *Guerra de ideas en el joven Unamuno 1880-1900* (2001) y una edición crítica de los ensayos de Unamuno, *En torno al casticismo* (2005).

César Rina Simón
Universidad de Navarra

Ozouf, Mona, *Composition française. Retour sur une enfance bretonne*, París, Gallimard, 2009. 259 pp. ISBN: 9782070124640. 17,50€

Avant-propos, p. 13; La scène primitive, p. 17; La Bretagne incarnée, p. 45; L'école de la Bretagne, p. 75; L'école de la France, p. 103; L'école de l'Église, p. 129; L'éloignement, p. 151; Une composition française, p. 181.

Tal vez uno de los rasgos que distinguen lo civilizado de lo incivilizado es la capacidad de autorreflexión, la posibilidad de examinar críticamente incluso aquellos aspectos que tocan a la centralidad de la identidad personal. Y aunque en ocasiones pensar sobre uno mismo levante muchos fantasmas a cada paso que se dé, no deja de ser un ejercicio de distanciamiento y de relativización. Cuando en España la cuestión de las identidades locales y nacionales ha levantado y sigue levantando pasiones extremas, que una historiadora francesa como Mona Ozouf se plantee una revisión crítica de su identidad nacional, no deja de ser sorprendente. Sobre todo si tenemos en cuenta que eso le lleva a bucear en su propia trayectoria personal, en sus pertenencias políticas e ideológicas, en el marco familiar y de creencias, la formación recibida... y culmina con la reivindicación de lo regional más allá de la unidad nacional, heredera de viejas concepciones revolucionarias. No puede por menos que llegar la pregunta: ¿sería posible algo así en España? O incluso algo más allá: ¿cabría la posibilidad de que se analizasen críticamente identidades a las que se considera intangibles sin que ello supusiese atacar a nada o a nadie?

Este libro recibió el *Prix Bretagne. Prix de l'essai de la Revue des Deux Mondes*, 2009, lo que indica que no se trata de un libro menor, de una rareza para uso de un reducido círculo de curiosos por la ego-historia. Se tratan en él cuestiones relevantes, con esa capacidad para lo universal que falta en tantos y tantos relatos autorreferenciales de temática identitaria. De este libro se puede